

Jorge Jiménez

Poderío y sujeto sojuzgado

*“Abrir la boca para abominar del poder
es ser ya parte del lenguaje del poder,
hablarlo, reproducirlo, perpetuarlo al ejercerlo...”*

Gabriel Albiac.

Summary: *I discuss the relationship between ideology and «self-deception» that Rafael Angel Herra sustains in his essay «Self-deception and exoneration or criticism on global ethics». I present complementary justifications or self-deception devices generated by the mastered subject.*

Resumen: *Discuto la relación entre ideología y «autoengaño» que sustenta el planteamiento de Rafael Angel Herra en su artículo «Autoengaño y desculpabilización o crítica de la ética global». Presento mecanismos justificatorios o autoengañosos complementarios producidos por el sujeto dominado.*

Quiero iniciar señalando que la racionalidad ilustrada occidental, en el apogeo de la modernidad, instauró una concepción de la razón práctica, en la que sus ámbitos fundamentales, a saber, la ética, el derecho y la política, aparecen crecientemente como esferas separadas e independientes, fracturadas en su concatenación estructural y atomizadas, de forma tal que, con la crisis que esa racionalidad experimenta se produce una renuncia definitiva a entender el ámbito de la razón práctica como una totalidad de esferas que, aunque ciertamente gozan de una autonomía relativa, se resuelven en una síntesis estructural fundamental, subsumida en la totalidad social. De este modo, la pérdida de la perspectiva de totalidad consume la ruina de la racionalidad moderna —expresada en

términos de un racionalismo reduccionista— y constituye la culminación de un ciclo ulterior que potencia las aberraciones que están en el origen de la concepción filosófica que sostiene ese particular enfoque de la razón práctica. Me refiero a la formulación de una ética maniquea y trascendente que elabora históricamente la discursividad europea del poderío, la dominación y sus complejos mecanismos de legitimación.

Simultáneamente al proceso de monadización de la realidad social, esos ámbitos del todo societario terminan apareciendo como fuerzas autónomas que sobredeterminan la actividad humana (Kosik:1976, 125 ss). Así el proceso de extrañamiento se ve acompañado por un proceso de mistificación, de forma tal que el sujeto se entiende como el resultado de fuerzas inexorables, del destino o la fatalidad.

Esta concepción de la realidad está íntimamente relacionada con una ética que establece una normativa rígida con la cual diferencia (o cree diferenciar) bien y mal en términos absolutos y mutuamente excluyentes, como principios heterónomos y de naturaleza opuesta. Una ética maniquea encuentra su fundamento en el extrañamiento del sujeto: la concepción de hombre está empobrecida porque al plantear el bien en oposición al mal, como modelo del hombre virtuoso, se le ha cercenado en su completitud, que es una unidad compleja y dinámica de lo que se denomina «bien» y «mal», y toda la serie de aparentes oposiciones

que llegan a cristalizar en mitoides como el racismo, el sexismo o la xenofobia.

La enajenación radical del sujeto experimenta su momento más álgido cuando la ética, además, se propone como una ética trascendente. Todo planteamiento ético fuera de lo humano, toda concepción religiosa, desvirtúa la relación primordial de sujeto y objeto como principio de producción de realidad social y establece el soporte para concebir un sujeto disminuido al plano de la contemplación, atrapado en la fisura insalvable que una tal ética establece entre teoría y práctica. Una concepción ética trascendente genera un descenramiento irremediable de lo humano, entendido como conjunto de relaciones histórico-sociales, y hace posible la conformación de un marco justificatorio de las relaciones de dominación. Los dominadores encuentran un paradigma que es óptimo para la construcción de una discursividad consensual y/o autoritaria, permitiéndoles fundamentar su status a través de una no siempre transparente apología del poder. Su instrumental más efectivo está orientada a la destrucción de subjetividad, es decir, a la producción de impotencia y postración, a la deshistorización de los dominados, de tal modo que se asuman con naturalidad y hasta con satisfacción en su condición de víctimas, legitimando, de este modo, el ciclo de dominación y permitiendo que el proyecto de Occidente funcione en los términos que lo ha hecho históricamente, como genocidio y destrucción.

Autoengaño y ética de la dominación.

Rafael Angel Herra en un artículo reciente (HERRA: 1993), enfrentando críticamente lo que denomina la filosofía global, es decir, la filosofía del Occidente expansivo e imperial, recurre a la crítica de la ética que le sirve de apoyo y que, en palabras del autor, «establece normas absolutas de su conducta histórica y arregla al mismo tiempo los trucos del autoengaño (HERRA: 1993, p.11)». La conciencia moral de Occidente —nos dice Herra— es una fuente simultánea de deber y de una conciencia autoengañososa que ofrece una base normativa común al «cruzado medieval, al misionero colonial, a los mineros, banqueros, comerciantes, burócratas y —¿por qué no?— a los ideólogos políticos contemporáneos (HERRA: 1993, p.11)», estableciendo un «vínculo confuso entre dos extremos: por un lado el de la conciencia moral y, por

el otro, el de la (*quasi*) legitimación del poder en contextos sociales caracterizados por conflictos de intereses al parecer inevitables (HERRA: 1993, p.11)». Herra toma la *Lebenswelt* husserliana como punto de partida para la producción de mecanismos de buena conciencia y para la elaboración de *mi* acto moral de consuno con *mi* experiencia y *mis* intereses, posibilitando la preparación de coartadas desculpabilizadoras del sujeto en una etapa pre-conceptual, como corresponde a la *Lebenswelt* (Szilasi: 1973, p.43 ss).

Herra, cuidando de que no se le confunda con el cinismo, define el autoengaño como la «*recodificación perversa de una regla de conducta común o de una máxima, (...) la cual trabaja a priori*, precisamente cuando la conciencia tematiza ambiguamente la condición moral de su acto. De ese modo, nuestra conducta *maligna, inescrupulosa, negligente o imperialista*, y nuestros actos profesionales *reprochables* disponen de narcóticos seguros para que obremos tranquilamente en la vida cotidiana, con una tranquilidad artificial y muy bien repartida en todas partes (HERRA: 1993, p.15, negrita agregada)».

Herra enfatiza en que los artificios de autoengaño no son excluyentemente psicológicos o morales, sino que, compartiendo un punto liminar, aparecen como «*modalidades fenomenológicas de la conciencia moral y no sólo del psiquismo*, es decir que se trata de actos de autoengaño noética-mente ambiguos que se producen ahí donde lo psíquico y lo moral se entrecruzan (HERRA: 1993, p.14)». Además se desarrollan en tres niveles que comprenden «... los pequeños incidentes de la vida cotidiana... los conflictos morales interindividuales de mayor escala... [y]... los grandes enfrentamientos colectivos (HERRA: 1993, p.12)».

Autoengaño e ideología

Me parece que a propósito de la temática del autoengaño, resurge una vieja discusión que ha tenido lugar en el marxismo en torno al concepto de ideología. Se trata de dirimir los argumentos mecanicistas y unilaterales con que se ha abordado dicho concepto y avanzar una perspectiva multifacética y flexible que, respondiendo a un enfoque de carácter dialéctico, despliegue en su complejidad la riqueza del tema.

Los orígenes de un enfoque mecanicista están en las tesis que desarrollara Marx en la *Ideología*

Alemana. Aquí la ideología aparece como *conciencia falsa* o *invertida*, producto del determinismo económico que domina la concepción del joven Marx, y que le hace postular mecánicamente la esfera ideológica o superestructural como *reflejo* de las relaciones materiales de producción. Esta debilidad estructural del planteamiento marxista será hiperbolizada por los teóricos soviéticos, conduciendo a un rígido maniqueísmo, a partir del cual —y en esto de la mano con el análisis de Pareto— se diferenciará entre «verdad científica» y «falsedad ideológica», constituyendo el marxismo-leninismo el primer caso y cualquier otra forma de pensamiento, el segundo.

Me parece que el análisis de Herra en torno al tema del autoengaño corre el peligro de verse expuesto a la unilateralidad que padece la teoría de la ideología como conciencia falsa o invertida. Y esto por cuanto, según Herra, los mecanismos autoengañosos se producen fundamentalmente desde el lugar de la dominación, o lo que es equivalente, desde el ámbito del actor o del agresor. Y aunque es cierto que algunos de los *artifícios de autoengaño* expuestos por Herra, pueden ser usados tanto por los victimarios como por las víctimas para justificarse, también es cierto que son justificantes todos de *acciones agresivas*, de opresión. Por ejemplo, incluso en el que denomina *ambivalencia de la sumisión*, el mecanismo sirve de descarga para una acción ofensiva.

Ahora bien, si aceptamos que, en tanto genealogía de la dominación, el autoengaño tiene su raíz en los actores del poder y su discursividad, sin embargo, como *proceso* se convierte en una apariencia. Ciertamente, en su origen, las condiciones de dominación, en la escala que correspondan, tienden a la articulación de mecanismos autoengañosos desde la posición dominante, tal y como lo presenta Herra en su artículo. Pero en su desarrollo, el proceso autoengañoso no puede ignorar el papel que desempeñan las víctimas en la sustantivación de un ciclo de dominación. No se puede pasar por alto que todo proceso ideológico en su despilgaje legitimatorio, entendiendo ideología en el sentido gramsciano de *ideología orgánica*, produce «una validez psicológica», es decir, niveles diversos de recepción, aquiescencia y reproducción por parte de los dominados. La *organicidad* de una ideología se muestra en el carácter de necesidad que presenta para el funcionamiento de una estructura societaria y en la capacidad de organizar y movilizar masas humanas, constituyén-

dose en el espacio por excelencia para la «toma de conciencia»; toma de conciencia que se produce, por supuesto, en los términos que establece el poder social dominante. El dominado, de este modo, ejerce la función del dominador al reproducir la ideología que, con ello, demuestra históricamente su organicidad, en el sentido apuntado anteriormente. De este modo es posible señalar mecanismos autoengañosos ya no exclusivamente de parte de los victimarios, sino también de parte las víctimas, en tanto reproducen, a modo de complemento dinámico, mecanismos autoengañosos y justificatorios que permiten el funcionamiento de un proyecto social basado en relaciones de poderío. La conocida tesis de Marx que plantea las ideas dominantes de una época como las ideas de la clase dominante, sólo puede entenderse dialécticamente, como expresadas histórica y socialmente por los dominados. En otras palabras, no hay ideas dominantes sin clases dominadas que las asuman y materialicen socialmente. Este pareciera constituir el secreto de toda ideología orgánica y de toda voluntad de poderío.

El autoengaño como un mecanismo recurrente del sujeto para la concreción de procesos de dominio y obtener una recompensa desculpabilizante, es una fase constante en la elaboración ideológica que acompaña ese proceso, y es producido tanto por el sujeto dominante —como argumenta Herra—, como por el sujeto sojuzgado.

Sin embargo, encontramos en el artículo de Herra un artificio que permite orientar la reflexión hacia el campo que nos interesa. Se trata del que denomina *verificación de irrealidad*. Este artificio constituye una formulación equivalente tanto para el dominador como para el dominado, tanto para una acción como para un padecimiento (agresor-agredido) y nos permite explorar la esfera que nos interesa: la de la sumisión y la de los mecanismos justificatorios o autoengañosos que la acompañan. El artificio en cuestión lo enuncia Herra con las siguientes palabras: «*las cosas no pudieron haber sido de otra manera que como yo me las represento (es decir, creo mi versión, autoengañosamente falsificada, de un acto que arroja motivos de duda)*» (HERRA:1993, p.15)». Este argumento puede ser usado indistintamente por el victimario o la víctima. Sin embargo, quiero señalar que un argumento de una naturaleza tal, nunca aparecerá como falsificación para el sujeto sojuzgado; todo lo contrario, surgirá como una certidumbre (destino, fatalidad) para ese sujeto, lo cual le permitirá

sobrellevar el peso de la dominación, y con ello darle concreción y legitimidad.

El síndrome de la víctima: la víctima es culpable

La «buena fe», como uno de los tantos elementos que integran la sintaxis de la dominación, es decir de la totalidad que da sentido al mundo histórico, el mundo de la sumisión, es cierto que encarna en los dominadores como una coartada que disfraza el acto inmoral, dando lugar a lo que Herra denomina *síndrome del inquisidor*. Pero también es cierto que dialécticamente se desarrolla —si este mecanismo se legitima «orgánicamente», en el sentido gramsciano antes precisado— lo que podríamos denominar el *síndrome de la víctima*, que ha sido formulado como *síndrome de estocolmo* o identificación de la víctima con el victimario. Este ha sido expresado por Hinkelammert de la siguiente forma: «Toda la historia de Occidente se puede resumir en un lema: la víctima tiene la culpa, el victimario es inocente (HINKELAMMERT: 1993, p. 97)». En efecto, la «buena fe del inquisidor» en tanto mecanismo desculpabilizador, desarrolla —en el escenario social de la dominación— un mecanismo legitimatorio por medio del cual la víctima asume su culpabilidad, entiende y justifica, en el plano ético e incluso ontológico, la superioridad de su opresor y su propia condición subalterna, derivada, quebrantada y desgarrada. La víctima en su opresión asume su culpabilidad y con ello da a la acción del opresor una resonancia justificatoria. Es el proceso de legitimación del poderío, es el desarrollo del ciclo de la ideología como proceso orgánico y nutriente principal de las redes de la dominación social.

Hinkelammert desarrolla profusamente el *síndrome de la víctima* cuando analiza el mito de Ifigenia como gestación prototípica de Occidente en tanto sociedad sacrificial. Hinkelammert hace ver que con las diferentes versiones de la tragedia de Ifigenia, esta es transformada progresivamente en una figura sacrificial. Así, Ifigenia aparece en la versión de Esquilo, la primera que conocemos, como una joven sensata que maldice a sus sacrificadores y abomina de su sacrificio, llamándolo tal y como es: un asesinato. Pero ya en la *Ifigenia en Aulide* de Eurípides, Ifigenia hace una apología de su sacrificio, y es Clitemnestra quien se opone al rito sacrificial. Ifigenia realizará esta justificación de su sacrificio aludiendo a la discursividad del

poderío. En primer lugar, se hará portavoz de un argumento patriarcal cuando se pregunta si su vida valdrá más que la de los valerosos guerreros que ofrendarán su vida por la causa griega. La respuesta que da es que «*Un sólo hombre es más digno de ver la luz que infinitas mujeres* (HINKELAMMERT: 1993, p. 15)». Por otro lado otorga un argumento religioso, trascendente: «*¿me opondré, simple mortal, a los deseos de una diosa?* (HINKELAMMERT: 1993, p. 15)» Y por último saca a relucir un recurso esclavista para justificar su sacrificio y afirma que «... *los griegos han de dominar a los bárbaros, no los bárbaros a los griegos, que esclavos son unos y libres los otros* (HINKELAMMERT: 1993, p. 15)». El Cristo de la ortodoxia medieval es consecuencia de una «ifigenización» en aras de la sacrificialidad que exigen las sociedades basadas en relaciones de dominación. Sacrificialidad que encuentra su culminación en el iluminismo burgués y particularmente en las versiones que Goethe, Racine y Schiller hacen del mito de Ifigenia (HINKELAMMERT: 1993, p. 49). El rito sacrificial produce una inversión de términos: al asesinato de la víctima se le llama «sacrificio», al asesino «héroe trágico», a las consecuencias de los actos de poderío de un sector social se le denomina «destino» o «tragedia» y se les da la categoría de «inevitable».

Los mecanismos autoengañosos o justificatorios de parte de las víctimas se sustentan apropiadamente en las concepciones éticas maniqueas y trascendentes que mencionábamos al inicio. El sujeto sojuzgado, en su condición quebrantada, elabora —en el sentido que lo ha planteado Herra— toda una serie de mecanismos que le permiten neutralizar las acciones ofensivas de dominio e incluso sentirse gratificado en su desempeño como «buena víctima». En el fondo está operando el mecanismo de *verificación de irrealidad*. El sujeto sojuzgado construye su versión de los hechos, la cual será una versión en los términos ideológicos que ha puesto a su disposición la discursividad del poder. Pero este sujeto no se percatará de que su versión es un «autoengaño» ni mucho menos una «falsificación» de la realidad. Todo lo contrario. Su versión será *su* verdad, puesto que toda verdad es una construcción social e histórica.

El sujeto sojuzgado echará mano a los argumentos que le permitan entender e incluso justificar su condición. Argumentos de jerarquía, que pueden dotarlo de justificaciones ontológicas; argumentos de autoridad, que encuentran

su fundamento en el maniqueísmo y trascendentalismo éticos; argumentos de fuerza y poderío, ya sea a nivel individual o social, lo que le permite al dominado narcotizarse con argumentos que apelan a la «naturaleza».

Todos estos mecanismos están orientados a imposibilitar el desarrollo de un pensamiento crítico-revolucionario que permita transformar las sociedades que funcionan con base en relaciones de dominio. El mecanismo justificatorio del oprimido inhibe cualquier cuestionamiento de los actos y la lógica del poderío. Y estos pueden ser desde los más brutales atropellos a la condición humana, como es el caso del terrorismo de Estado o la guerra, hasta los aspectos más sutiles de la dominación social, como por ejemplo la concepción de «representatividad» que opera en los regímenes democrático-burgueses posmodernos y que en connivencia con el terror configura la escenografía de la dominación contemporánea.

Por último considero que, partiendo de la discursividad que elabora el sujeto sojuzgado, se pueden tipificar distintos artificios de justificación o autoengaño, muchos de ellos complementarios con los que ha expuesto Herra en el artículo mencionado. Con relación a lo que denomina el *entinema del bien*, el oprimido podría plantearse un *entinema del apestado*: «soy portador de la peste, del mal. Mi opresor, el justo, castiga en mi maldad...»; a lo que el autor denomina *sacra retórica*, el sujeto sojuzgado propone: «lo mío es espúreo, maldito; ¡necesito la unción del bien!; el complejo de Raskolnikov o ideología de la trascendencia, el oprimido lo elabora de este modo: «los demás no lo entienden; su virtud está por encima de la moral común, ya que ocupa un rango de poderío...».

La fe y la esperanza constituyen mecanismos autoengañosos o justificatorios por excelencia del sujeto sojuzgado. Dotadas con características renunciativas y puritanas, la fe y la esperanza retengan los procesos de rebelión y coadyuban en la construcción de un imaginario de la promisión, un más allá o un más acá, con características trascendentes y religiosas. El oprimido neutraliza su rebeldía potencial con el narcótico de la esperanza y

se ve, de este modo, impedido de ejercer su libertad y su historicidad, que es siempre rebelión y cuestionamiento praxeológico de la voluntad de dominio y poderío y la posibilidad de construir, simultáneamente, un sujeto social transgresor, rebelde, autónomo y negativamente libertario.

Bibliografía

- Albiac, Gabriel. *Todos los héroes han muerto*. Madrid: Ediciones Libertarias, 1989.
- Foucault, Michael. *Diálogo sobre el poder*. Trad. Miguel Morey. Madrid: Alianza, 1988.
- Gramsci, Antonio. *Introducción a la filosofía de la praxis*. Trad. J. Solé-Tura. Barcelona: Península, 1976. p.78 ss.
- Habermas, Jürgen. *La necesidad de revisión de la izquierda*. Trad. Manuel Jiménez Redondo. Madrid: Tecnos, 1991.
- Habermas, Jürgen. *Teoría y Praxis. Estudios de filosofía social*. Trad. Salvador Más Torres y Carlos Moya Espí. Madrid: Tecnos, 1990.
- Herra, Rafael Angel. «Autoengaño y desculpabilización o crítica de la ética global». En: Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica, XXXI (74), 11-16, 1993.
- Hinkelammert, Franz. *Sacrificios humanos y sociedad occidental: lucifer y la bestia*. San José: DEI, 1993.
- Kosik, Karel. *Dialéctica de lo concreto*. Trad. Adolfo Sánchez Vázquez. México D.F.: Grijalbo, 1976.
- Marx, Carlos y Federico Engels. *La ideología Alemana*. Trad. Wenceslao Roces. México D.F: Ediciones Cultura Popular, 1970.
- Marx, Carlos y Federico Engels. *Obras escogidas*. Buenos Aires: Ciencias del hombre, 1973. 5 tomos.
- Szilasi, Wilhelm. *Introducción a la fenomenología de Husserl*. Trad. Ricardo Miliandi. Buenos Aires: Amorrortu, 1973.